

El éxodo infantil en la operación pedro pan (1960-1962): de la guerra ideológica a la constitución de la diáspora cubana en estados unidos.

Yacouba COULIBALY

Universidad Félix Houphouët-Boigny de Cocody

Abidjan – Côte d'Ivoire

chigata2002@gmail.com

Resumen

Este trabajo interroga la Operación Pedro Pan (1960-1962) no como un simple episodio migratorio, sino como un dispositivo de guerra psicológica cuyos efectos desbordaron el terreno estrictamente político para inscribirse, de manera duradera, en la trayectoria vital de miles de familias cubanas. Basándonos en documentos históricos y una convergencia de teorías en relación con la propaganda, de guerra psicológica y de los estudios sobre diásporas y de sus efectos como la aculturación, el análisis evidencia que el éxodo geográfico de más de 14.000 menores cubanos es la resultante de una combinación de factores como la campaña de desinformación orquestada por Washington, la relativa pasividad del gobierno cubano y una compleja y serie de motivaciones familiares, religiosas e ideológicas. Se sostiene también que la operación Pedro Pan constituyó paradójicamente la cuna organizativa de una las diásporas latinoamericanas más integrada económica, política y socialmente. Una posición que la confirió una influencia considerable tanto en Estados Unidos como en Cuba.

Palabras clave: éxodo infantil, propaganda, pánico moral, trauma, diáspora, aculturación

Abstract

This article approaches Operation Pedro Pan (1960-1962) not merely as a migratory episode but as an instrument of psychological warfare whose effects extended well beyond the political sphere to durably shape the life trajectories of thousands of Cuban families. Drawing on a multidisciplinary theoretical framework, combining the sociology of propaganda, moral panic theory, and diaspora and acculturation studies, together with a corpus of historical sources, the analysis shows that the departure of more than 14,000 unaccompanied minors resulted from the convergence of a disinformation campaign orchestrated by Washington, a degree of tacit acquiescence on the part of the Cuban government, and a complex web of

family, religious, and ideological motivations. The article further argues that this founding experience of rupture and trauma paradoxically became the organizational matrix of one of the most economically integrated and politically influential Latin American diasporas in the United States.

Keywords: child exodus, propaganda, moral panic, trauma, diaspora, acculturation

Introducción

Las relaciones internacionales de la segunda mitad del siglo XX estuvieron dominadas por un antagonismo estructural entre dos proyectos de civilización que aspiraban, cada uno, a universalizarse: el bloque occidental liderado por Estados Unidos y el bloque comunista encabezado por la Unión Soviética. En este tablero mundial, los espacios periféricos, y entre ellos, de manera paradigmática, Cuba, funcionaron como laboratorios donde las dos superpotencias ensayaban, sin librar un enfrentamiento militar directo, todo un repertorio de instrumentos de dominación indirecta: alianzas económicas, cooperación militar, pero también propaganda y guerra de la información (Pettinà, 2018). El triunfo de la Revolución cubana en 1959 desplazó abruptamente ese laboratorio hacia el Caribe. La incorporación de la isla a la órbita soviética, confirmada por las reformas radicales emprendidas por el nuevo gobierno, alarmó tanto a Washington como a los sectores de la clase media cubana apegados a las instituciones liberales. La crisis de los misiles de octubre de 1962 llevó esta tensión a su punto de no retorno, situando al planeta al borde de una guerra nuclear.

Es precisamente en este contexto de alta tensión donde conviene situar el mecanismo que hizo posible la Operación Pedro Pan. Antes que un simple rumor aislado, la campaña que llevó a miles de padres cubanos a separarse de sus hijos puede analizarse, con las herramientas de la sociología de la desviación, como un auténtico pánico moral en el sentido que le confiere Stanley Cohen: la construcción social de una amenaza, en este caso la pérdida de la patria potestad bajo un supuesto proyecto estatal de adoctrinamiento infantil, cuya magnitud percibida excede ampliamente su fundamento real, y que se propaga a través de los medios de comunicación hasta generar una reacción colectiva desproporcionada (Cohen, 1972). En realidad, lo que hizo Estados Unidos no fue más que amplificar a una voluntad política latente mediante intensa y

deliberada campaña mediática radiofónica. Esta operación de comunicación se volvió particularmente persuasiva con extraordinaria eficacia. El recuerdo aún vívido del estalinismo confirió a esta narrativa una verosimilitud adicional, y empujó a los padres a enviar, a través de la Operación Pedro Pan, a más de 14.000 niños sin acompañamiento hacia Estados Unidos.

La historiografía dedicada a la Operación Pedro Pan es ya considerable, aunque desigualmente distribuida entre los distintos planos del fenómeno. Los trabajos pioneros de Triay (1999) y Conde (2023) reconstruyeron con detalle la cronología del éxodo y el testimonio de sus protagonistas, mientras que Torres (2003) situó por primera vez la operación en el marco más amplio de la memoria y de la identidad del exilio cubano. García (1996) y Abreu (2008) abordan el arraigamiento de la diáspora cubana en Florida poniendo de relieve su singular organización y su influencia política.

Sin embargo, la literatura consultada lleva una serie de reflexiones sobre la Operación Pedro Pan abordando de manera aislada las temáticas que atañan a las familias implicadas, a la geopolítica y a la constitución de la diáspora. Su debilidad reside en el hecho de que no presenta una aproximación teórica única capaz de contextualizarla, de excavar los silencios de las posturas políticas de los protagonistas y finalmente de resaltar sus efectos psicosociales y sus consecuencias de largo plazo. Es precisamente esta articulación la que el presente trabajo se propone construir, situándose así en continuidad crítica con dicha literatura, a la vez que la complementa.

De este episodio surgió, con el paso de las décadas, una diáspora cubana estructurada y política y económicamente influyente. Este trabajo se propone, por tanto, responder a dos preguntas articuladas entre sí: ¿mediante qué mecanismos discursivos e institucionales la Operación Pedro Pan logró transformar un temor difuso en una decisión masiva de separación familiar?, y ¿de qué manera esa misma experiencia traumática se convirtió, posteriormente, en la matriz organizativa de la diáspora cubana en Estados Unidos? Para responderlas, este estudio combina el análisis documental de libros, discursos, documentos de archivo y literatura científica con un marco teórico pluridisciplinario que articula la sociología de la propaganda (Ellul, 1965), la teoría del pánico moral (Cohen, 1972), la noción gramsciana de hegemonía cultural (Gramsci, 1981) y el concepto althusseriano de aparato ideológico de Estado (Althusser, 1988), así como los estudios contemporáneos sobre diásporas (Safran, 1991) y aculturación (Berry, 2005). La hipótesis de este trabajo se formula así: en el contexto de la guerra fría, la contienda ideológica generó, bajo efecto de la

propaganda y de guerra psicológica, la Operación Pedro Pan, es decir el exilio geográfico de menores cubanos. Aquel episodio histórico de enemistad dará lugar a la consolidación de la diáspora cubana en Estados Unidos.

Conviene precisar, en este punto, la naturaleza exacta del corpus documental movilizado. El presente estudio constituye un trabajo de síntesis y de lectura teórica transversal, fundamentado en una historiografía que incorpora ya, en sus obras de referencia, un considerable trabajo sobre fuentes primarias: la investigación de Torres (2003) se apoya en documentos de la Central Intelligence Agency desclasificados a raíz de una demanda judicial presentada por la propia autora al amparo de la Freedom of Information Act, mientras que el artículo de Walsh (1971) constituye un testimonio de primera mano redactado por el entonces director de la Beneficencia Católica de Miami a partir de sus propios registros institucionales. A estas fuentes se suman los fondos archivísticos hoy accesibles a la investigación, en particular los Cuban Refugee Center Records (1960-1978) y la colección de antiguos alumnos de la Operación Pedro Pan, ambos conservados en la Cuban Heritage Collection de la Universidad de Miami, así como los Monsignor Bryan O. Walsh Papers depositados en la Barry University. El presente trabajo no sustituye una investigación archivística directa, la cual constituiría una vía natural de profundización futura, sino que ofrece una lectura teórica del corpus historiográfico ya disponible, complementada por el análisis crítico de discursos oficiales (Castro, 1961) y de informes institucionales contemporáneos (Naciones Unidas, 2024). El artículo se organiza en cuatro grandes articulaciones: el contexto geopolítico e ideológico de la operación; los actores, intereses y mecanismos organizativos que la hicieron posible; sus consecuencias psicosociales sobre las familias; y, finalmente, su contribución paradójica a la formación de la diáspora cubana en Estados Unidos.

1. Contexto histórico y político de la Operación Pedro Pan: la Guerra Fría y sus metástasis

La operación Pedro Pan se enmarca dentro de una arquitectura geopolítica cuya reconstrucción es imprescindible a la comprensión de este evento histórico amargo. La derrota de las potencias del Eje en 1945 no significó la paz duradera que muchos esperaban, sino dio lugar a una nueva forma de conflicto: una competencia total, ideológica, económica, estratégica y diplomática, entre dos aliados convertidos en rivales sistémicos. Estados Unidos articuló su hegemonía occidental en torno al Plan Marshall, la Doctrina Truman y la política de containment, mientras la Unión

Soviética respondía con el Pacto de Varsovia y el COMECON. Se trataba, en ambos casos, de construir un orden internacional funcional a los intereses de cada bloque, mediante alianzas económicas, cooperación militar y, sobre todo, control ideológico sobre las poblaciones.

Este enfrentamiento, inicialmente circunscrito al espacio europeo, se desplazó hacia América Latina cuando, tras la caída de Fulgencio Batista el 1 de enero de 1959, el nuevo liderazgo revolucionario cubano, encabezado por Fidel Castro, giró progresivamente hacia la Unión Soviética. Las reformas emprendidas por el nuevo gobierno, entre ellas las nacionalizaciones masivas, la confiscación de inversiones estadounidenses, la prohibición de la enseñanza privada en junio de 1961 y la expulsión de religiosos extranjeros, evidenciaban un proyecto de refundación social que rebasaba ampliamente el simple cambio de gobierno. Desde la Doctrina Monroe de 1823, Washington había considerado a América Latina como zona de influencia natural; el giro cubano hacia Moscú fue interpretado, en consecuencia, no como una opción soberana entre otras, sino como una violación de ese orden hemisférico tácitamente aceptado.

Los Estados Unidos contestaron por una combinación de sanción económica, de ruptura diplomática y de acción militar. El fracaso de la operación en la Bahía de los cochinos obligó a Washington a convertir su estrategia de derrocamiento al régimen castrista por la fuerza en una lucha simbólica de deslegitimación interna por medio de la manipulación de la información y de las emociones colectivas.

Una parte de la historiografía atribuye este giro exclusivamente a la iniciativa estadounidense, presentando a la población cubana como receptora pasiva de una propaganda externa. Esta lectura, sin embargo, simplifica una dinámica más compleja. Castro ya había emprendido una profunda reforma de la educación y de las instituciones religiosas, ambas percibidas, con razón y desde una perspectiva gramsciana, como aparatos centrales en la producción del consenso social y de la conciencia política de un pueblo (Gramsci, 1981). La acción estadounidense no creó, pues, un miedo ex nihilo: lo amplificó. Mediante una campaña radiofónica sistemática difundida a través de Radio Swan, los servicios de inteligencia estadounidenses transformaron una inquietud latente y parcialmente fundada, la reforma educativa en curso, en la certeza generalizada de que el Estado cubano se disponía a arrebatar la patria potestad a los padres. Se trata de un ejemplo paradigmático de lo que Stanley Cohen denomina un pánico moral: la construcción

mediática de una amenaza cuya magnitud percibida excede su base empírica real, y que produce una movilización colectiva desproporcionada frente al peligro efectivamente existente (Cohen, 1972). El resultado fue una decisión extrema, la separación voluntaria de miles de familias, tomada en un clima de incertidumbre generalizada que ambos gobiernos, por razones opuestas, contribuyeron a alimentar.

Como observó Jacques Ellul, la propaganda moderna no aspira únicamente a modificar opiniones, sino sobre todo a integrar al individuo en una acción colectiva determinada, orientando su comportamiento incluso sin que este perciba con claridad los mecanismos que lo condicionan (Ellul, 1965). Es uno de los instrumentos más utilizados por los gobiernos modernos para orientar las opiniones en función de sus intereses políticos. Y la Operación Pedro Pan dio la prueba de su eficacia. En el presente caso, se trataba de deslegitimar al nuevo régimen cubano, provocar un rechazo político, hacer perder popularidad al líder y suscitar una rebelión interna. La infancia fue instrumentalizada en el altar de los intereses políticos y estratégicos de Estados Unidos. Los resultados producidos por la propaganda estadounidense en término de adhesión emocional superan ampliamente la eficacia de los argumentos estrictamente políticos.

2. La Operación Pedro Pan: actores involucrados, intereses y procedimiento de organización

Reconstruir la totalidad de los actores que intervinieron en la Operación Pedro Pan es una empresa historiográfica compleja, dada la multiplicidad de intervenciones oficiales, eclesiásticas, familiares e individuales, muchas de ellas desarrolladas en la clandestinidad. Resulta más productivo, en cambio, identificar sus intereses respectivos. Si el papel de Estados Unidos en la difusión de rumores está ampliamente documentado, un aspecto menos explorado por la historiografía es la actitud del propio gobierno cubano frente al fenómeno. Lefrançois y Grévin (2024) muestran que Fidel Castro conocía la existencia del éxodo infantil, hecho que él mismo reconoció públicamente en su discurso del 27 de marzo de 1961, sin adoptar, sin embargo, ninguna medida para impedirlo. Esta pasividad, lejos de ser necesariamente una simple omisión, admite una lectura estratégica: dejar partir a los hijos de las familias más hostiles a la Revolución habría permitido a Castro liberarse, sin coste político directo aparente, de un sector social que percibía como desafecto, al tiempo que podía presentar posteriormente la operación como prueba de la crueldad del imperialismo estadounidense

(Mercado y Aguasaco, 2023). Esta hipótesis, sin embargo, no puede confirmarse de manera concluyente a partir de las fuentes disponibles y debe tratarse con la prudencia propia de toda inferencia sobre intenciones políticas no documentadas explícitamente.

Esta hipótesis se refuerza al observar la política educativa cubana del período. Al asumir el control exclusivo de la enseñanza primaria y secundaria, el nuevo régimen se dotaba de un instrumento decisivo para la formación del «hombre nuevo» teorizado por Ernesto Che Guevara (Guevara, 1988) y para la movilización de la juventud en las campañas de alfabetización y en los cuadros del nuevo aparato político (Rojas, 2015). En términos althusserianos, se trataba de sustituir un aparato ideológico de Estado, la escuela confesional, vehículo tradicional de socialización religiosa y de reproducción de valores burgueses, por otro, directamente controlado por el Estado revolucionario y orientado a la reproducción de la nueva hegemonía política (Althusser, 1988; Gramsci, 1981). La Iglesia católica, que hasta entonces había ejercido una influencia considerable sobre la formación moral de la infancia cubana, se convirtió así, a ojos del gobierno, en un competidor ideológico de primer orden.

Frente a esta ofensiva sobre su terreno tradicional de influencia, la Iglesia católica interpretó las reformas educativas y la creciente secularización del Estado como una amenaza directa a la libertad religiosa y al derecho de las familias a educar a sus hijos conforme a sus propias convicciones. Su participación activa en la Operación Pedro Pan, mediante la organización caritativa Beneficencia Católica, debe leerse, por tanto, dentro de la larga tradición latinoamericana de imbricación entre religión y política (De Giuseppe, 2023), tradición que, décadas más tarde, encontraría una de sus expresiones más elaboradas en la teología de la liberación.

Este episodio evoca, en el imaginario colectivo, el relato bíblico de Moisés depositado en las aguas del Nilo: no se trataba solo de salvar físicamente al niño, sino de preservar su identidad espiritual frente a un poder percibido como hostil a la fe. Algunos padres cubanos, movidos por convicciones religiosas semejantes, aceptaron la separación temporal con la esperanza de proteger a sus hijos de la influencia ideológica de la Revolución; otros actuaron, más pragmáticamente, movidos por el temor a un futuro incierto y por la expectativa de mejores condiciones de vida al otro lado del estrecho de Florida. En ambos casos, el amor parental, antes que cualquier cálculo político, constituyó el resorte último de una decisión extraordinariamente dolorosa.

En el plano operativo, la Operación Pedro Pan se articuló en torno a un triángulo institucional bien documentado por las fuentes primarias. Según el propio relato del padre Bryan O. Walsh, entonces director de la Beneficencia Católica de Miami, fue James Baker, director de la Academia Ruston, escuela estadounidense de La Habana, quien lo contactó a finales de 1960 para solicitar ayuda en el traslado y la acogida de los primeros menores cubanos sin acompañamiento (Walsh, 1971). Walsh obtuvo poco después el respaldo del gobierno federal estadounidense para financiar lo que se convertiría en el Cuban Children's Program, encargado de gestionar los visados, la acogida en Miami, la escolarización y la búsqueda de familias temporales para los menores, con la esperanza de una futura reunificación familiar (Walsh, 1971; Triay, 1999; Smith, 2012). El gobierno estadounidense, por su parte, aportó el respaldo logístico, financiero y consular necesario, mediante visados especiales que permitieron, hasta la interrupción de los vuelos comerciales en 1962, la salida de cerca de 14.000 niños. La convergencia de estos tres actores, una red educativa privada, una organización religiosa transnacional y el aparato diplomático estadounidense, explica la notable eficacia logística de una operación que, en apenas veintidós meses, produjo una de las mayores migraciones infantiles no acompañadas de la historia contemporánea.

3. La difícil separación familiar y sus consecuencias

Las consecuencias de la Operación Pedro Pan desbordaron ampliamente el registro estrictamente migratorio para instalarse en el terreno de la psicología del desarrollo. La separación de cerca de 14.000 niños de sus padres, definitiva para algunos y temporal, aunque prolongada durante varios años para otros, produjo una reconfiguración profunda, y en ciertos casos irreversible, de los vínculos afectivos primarios. Privados de su entorno cultural y familiar, muchos de estos niños crecieron bajo el cuidado de familias de acogida o instituciones con las que no tenían ningún vínculo previo (Conde, 2023), lo que dificultó, en el momento del eventual reencuentro, la reconstrucción de una relación parental normalizada: no pocos experimentaron auténticas dificultades de comunicación con unos padres devenidos, en cierto sentido, extraños.

El desarraigo súbito, unido a la barrera lingüística y a la ausencia de referentes familiares, generó en estos niños un cuadro psicológico recurrente en la literatura sobre migración infantil forzada: sentimientos de abandono, culpa, vergüenza, ansiedad y soledad, cuyos efectos, dada la centralidad de la infancia en la

formación de la personalidad, tendieron a prolongarse a lo largo de todo el ciclo vital de los afectados.

La Operación Pedro Pan reunió, además, todos los atributos de un exilio infantil forzado: llevado a cabo sin el consentimiento de sus protagonistas, produjo en ellos la misma nostalgia amarga y el mismo sentimiento de desarraigo que caracteriza cualquier experiencia de exilio, voluntario o impuesto. La llegada de los niños en Estados Unidos fue objeto de una guerra de comunicación entre los dos gobiernos. Cada uno construyó una narrativa para defender su postura política: Washington presentó las imágenes de los niños llegando en Miami como el espectáculo desastroso del fracaso del comunismo. En cuanto a la Habana, la Operación Pedro Pan fue utilizada como la cúspide de la inhumanidad de los Estados Unidos, dispuestos a vulnerar los derechos fundamentales de los niños para cumplir su designio político (Torres, 2003). En ambos casos, hemos asistido a la instrumentalización de la infancia, a su reducción en objeto ideológico poniendo de manifiesto la cuestión filosófica fundamental de la existencia o no de la moral en política. En la Operación Pedro Pan, los intereses de los bandos superaron el umbral de la tolerancia. La ética política fue simplemente pisoteada.

Como muestra González Mandri (2008), la experiencia de la Operación Pedro Pan queda en la historia cubano-estadounidense como una mancha negra, un episodio traumático casi silenciado por los propios protagonistas como si su evocación fuera una vergüenza o una apertura hacia las heridas del pasado. En el discurso oficial en Estados Unidos se le abordaba como un acto heroico de salvación de los niños sin ninguna referencia al desgarramiento familiar que fue su máxima expresión. La progresiva puesta en palabras de este trauma, a través de testimonios, obras literarias y producciones escénicas, constituye así un proceso de elaboración colectiva de la memoria que no solo reconstruye el pasado individual de los antiguos niños de Pedro Pan, sino que contribuye activamente a la cohesión narrativa de toda la diáspora cubana.

Más allá del trauma inmediato de la separación, los niños de la Operación Pedro Pan atravesaron un proceso de reconstrucción identitaria particularmente complejo. Ni plenamente cubanos ni plenamente estadounidenses, debieron negociar simultáneamente dos universos lingüísticos y culturales. Leído a través del modelo de aculturación propuesto por John Berry, este proceso puede describirse como una tensión permanente entre las cuatro estrategias identificadas por el autor, a saber, asimilación, separación, marginación e integración, siendo esta última, que combina la retención de la cultura de origen con la adopción activa de la cultura

de acogida, la que la literatura asocia con los mejores resultados psicosociales a largo plazo (Berry, 2005). La experiencia de los niños de Pedro Pan, marcada por un doble anclaje lingüístico y cultural, constituye así un caso empírico privilegiado para observar cómo un proceso de aculturación forzada y precoz puede, con el tiempo, dar lugar a formas de identidad híbrida relativamente estables, antes que a una pérdida definitiva de la identidad de origen.

4. La Operación Pedro Pan: una experiencia única de formación diaspórica

La diáspora latinoamericana constituida a lo largo del siglo XX en Estados Unidos y Europa combinó siempre dos lógicas migratorias distintas: la búsqueda de bienestar económico y el exilio impuesto por la represión política. Esta segunda lógica se intensificó notablemente durante la Guerra Fría, cuando Estados Unidos, en nombre de la lucha anticomunista, respaldó la instauración de dictaduras de seguridad nacional en numerosos países de la región, cuyo ejemplo más sistemático de coordinación represiva transnacional fue la Operación Cóndor.

Frente a la censura, la tortura y la persecución política que caracterizaron a estos regímenes, el exilio se convirtió, para buena parte de las élites intelectuales y políticas latinoamericanas, en la única alternativa disponible, aunque ni siquiera en el extranjero cesara por completo la persecución.

La diáspora cubana surgida de la Operación Pedro Pan presenta, sin embargo, una singularidad que la distingue de estos otros procesos migratorios latinoamericanos. Aplicando los criterios clásicos propuestos por William Safran para definir una diáspora, a saber, la dispersión desde un centro original, la memoria colectiva del territorio de origen, el sentimiento de alienación parcial respecto a la sociedad de acogida y el mito persistente del retorno (Safran, 1991), resulta evidente que la comunidad cubano-estadounidense cumple, y en algunos aspectos incluso profundiza, cada uno de estos elementos constitutivos. La Operación Pedro Pan se presenta como el dispositivo histórico que dotó a la diáspora cubana en Estados Unidos de los elementos constitutivos que le confirieron su grandeza (García, 1996).

Conviene señalar que, si esta diáspora consiguió organizarse y ocupar los sectores estratégicos como la banca, el turismo, la construcción etc., es merced a la calidad de la educación y a las ayudas que recibió por parte del gobierno estadounidense por ser sus miembros refugiados. Dentro de la literatura dedicada a la sociología económica, Alejandro Portes explica que el factor étnico

desempeñó un papel relevante en el éxito de la diáspora cubana. La comunidad cubana constituyó un mercado de consumo para las empresas que nacieron. Los empleados eran también en gran mayoría cubanos. Esta forma de funcionamiento en red, debido a la pertenencia étnica, facilitó el acceso a crédito y a empleos a los recién llegados. Gracias a la solidaridad étnica, la diáspora cubana podía así funcionar fuera del mercado laboral estadounidense (Portes, 1987).

Leído en paralelo con la noción de capital social de Pierre Bourdieu, este mecanismo ilustra cómo los exiliados convirtieron vínculos de confianza y de pertenencia comunitaria, forjados precisamente por la experiencia fundacional de la Operación Pedro Pan, en recursos económicos tangibles (Bourdieu, 1980). En la actualidad, la mayor parte de la diáspora cubana reside en Estados Unidos, y las remesas que envía a la isla, estimadas entre 2.400 y 2.600 millones de dólares en 2023, constituyen un soporte económico esencial para miles de hogares cubanos, en un contexto marcado por las limitaciones estructurales del embargo estadounidense (Orozco, 2024; Naciones Unidas, 2024).

Este capital social se tradujo también en un notable activismo político. Desde las primeras oleadas de exiliados, diversos sectores de la comunidad cubana constituyeron organizaciones destinadas a influir tanto en la política estadounidense hacia Cuba como en el futuro político de la isla, convirtiendo la diáspora en un espacio privilegiado de expresión de la oposición al régimen revolucionario (Abreu, 2008). Conviene subrayar, no obstante, que esta comunidad está lejos de constituir un bloque homogéneo: las generaciones más recientes de emigrados cubanos presentan posiciones ideológicas considerablemente más diversificadas que las de los exiliados de la primera hora.

En 1991 se fundó la Operation Pedro Pan Group (OPPG), asociación dedicada a preservar la memoria histórica y colectiva del episodio (Halbwachs, 2004), a mantener las relaciones entre los antiguos participantes y a transmitir a las nuevas generaciones sus archivos y testimonios del pasado convertido en un referente de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba. La Operación Pedro Pan no debe ser un vestigio de la historia, debe ser articulado al presente y al futuro. Para María de los Ángeles Torres, la Operación Pedro Pan se ha convertido en un símbolo de la experiencia del exilio cubano, a pesar de que esa parte de la historia fue silenciada durante muchos años (Torres, 2003).

Conclusión

El propósito de este estudio fue analizar cómo la Operación Pedro Pan, caracterizada por el éxodo de miles de niños, contribuyó a la formación de la diáspora cubana en Estados Unidos. El análisis desarrollado a lo largo de este estudio muestra que entre 1960 y 1962, mientras que la atención del mundo se concentraba en la confrontación entre los bloques Este y Oeste, llevada a su máxima tensión por la crisis de los misiles de Cuba y la posibilidad de un conflicto nuclear, otro drama se desarrollaba casi en silencio: la Operación Pedro Pan. Más de catorce mil niños cubanos abandonaron la isla sin la compañía de sus padres para trasladarse a Estados Unidos. Allí vivieron una experiencia de exilio infantil sin precedente que marcaría profundamente sus trayectos individuales y tendría repercusiones duraderas tanto en las relaciones entre Cuba y Estados Unidos como en la configuración de la diáspora cubana contemporánea.

En el origen de este éxodo se encuentra un mecanismo que este trabajo ha propuesto leer a través de la teoría del pánico moral: la amplificación deliberada, por parte de la administración estadounidense, de un temor parcialmente fundado, la reforma educativa cubana, hasta convertirlo en la certeza generalizada de una amenaza inminente sobre la patria potestad. Este mecanismo, combinado con la pasividad estratégica del gobierno cubano y con motivaciones familiares y religiosas genuinas, produjo una decisión colectiva extraordinaria: la separación voluntaria de miles de familias, tomada bajo el peso simultáneo del miedo y de la esperanza.

Para los menores afectados, esta ruptura se tradujo en un proceso de reconstrucción identitaria que este trabajo ha interpretado a la luz del modelo de aculturación de Berry, y que se resolvió, para buena parte de ellos, no en una pérdida de identidad sino en una hibridación cultural relativamente estable entre la herencia cubana y la experiencia estadounidense.

Paradójicamente, fue esa misma experiencia de ruptura la que sentó las bases de la diáspora cubana más organizada e influyente de Estados Unidos. Leída a través de los criterios de William Safran, esta comunidad reúne todos los atributos clásicos de una diáspora consolidada, sustentada en una memoria colectiva, en el sentido de Halbwachs, que la Operation Pedro Pan Group se ha encargado de institucionalizar, y en un capital social que, siguiendo a Bourdieu, se convirtió progresivamente en capital económico y político. Hoy, la comunidad cubano-estadounidense ocupa una posición de notable

influencia electoral en Florida, y sus redes transnacionales continúan intentando pesar sobre la evolución política de la isla.

Los resultados de este trabajo confirman, en líneas generales, los hallazgos de la literatura existente sobre el trauma migratorio infantil y sobre la formación de la diáspora cubana, en particular los trabajos de Triay (1999), Conde (2023) y Torres (2003) sobre la experiencia del éxodo, los de García (1996) y Abreu (2008) sobre la consolidación organizativa y política de la diáspora, el de González Mandri (2008) sobre la elaboración colectiva del trauma, y el de Portes (1987) sobre los mecanismos económicos de su integración. Si la literatura consultada hace una lectura fragmentada y separada, este artículo supera este dualismo para inscribirse en una combinación de lectura abordando muchos aspectos de manera compacta: el uso de la propaganda en política, la intimidación y rumores para suscitar comportamientos particulares, las consecuencias traumáticas del éxodo, la construcción de la memoria histórica de este episodio doloroso, la constitución posterior de una diáspora cuya capacidad organizativa se convirtió en capital social y económico. Esta articulación multifacética constituye, en definitiva, el principal aporte de este estudio al campo de los estudios migratorios y diaspóricos.

En suma, la Operación Pedro Pan no puede reducirse a un episodio migratorio puntual: constituye un caso paradigmático de cómo un dispositivo de guerra psicológica, concebido para debilitar a un adversario político, puede producir efectos sociales que escapan por completo al cálculo de sus artífices, al generar, contra toda previsión, una de las comunidades diaspóricas más resilientes y políticamente influyentes de la historia contemporánea de las Américas.

Referencias

- Abreu, J. (2008). *¡No te dejes quitar a tu hijo! Operation Pedro Pan and Cuban's Children Program* [Tesis doctoral, Duke University].
- Althusser, L. (1988). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Nueva Visión.
- Berry, J. W. (2005). Acculturation: Living successfully in two cultures. *International Journal of Intercultural Relations*, 29(6), 697-712.
- Bourdieu, P. (1980). Le capital social. *Actes de la recherche en sciences sociales*, 31, 2-3.

- Castro, F. (1961). *Palabras a los intelectuales*. https://www.presidencia.gob.cu/media/filer/public/2022/05/07/palabras_a_los_intelectuales_1961.pdf
- Cohen, S. (1972). *Folk devils and moral panics: The creation of the Mods and Rockers*. MacGibbon and Kee.
- Conde, Y. (2023). *Operation Pedro Pan: The untold exodus of 14,048 Cuban children*. Florida University.
- De Giuseppe, M. (2023). La Guerra Fría latinoamericana y el tema religioso. Una reflexión historiográfica. En V. Pettinà (Ed.), *La Guerra Fría latinoamericana y sus historiografías* (pp. 183-225). Universidad Autónoma de Madrid / Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos.
- Ellul, J. (1965). *Propaganda: The formation of men's attitudes*. Alfred A. Knopf.
- García, M. C. (1996). *Havana USA: Cuban exiles and Cuban Americans in South Florida, 1959-1994*. University of California Press.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel* (Vol. 1; V. Gerratana, Ed.; A. M. Palos, Trad.). Ediciones Era.
- González Mandri, F. M. (2008). Operation Pedro Pan: A tale of trauma and remembrance. *Latino Studies*, 6(3), 252-268. <https://doi.org/10.1057/lst.2008.24>
- Guevara, E. (1988). *El socialismo y el hombre en Cuba*. Pathfinder Press.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Lefrançois, F., & Grévin, M. (2024). Siguiendo la huella de Pedro Pan: reconstrucciones memoriales de un rapto en La Habana. En M.-É. Franceschini-Toussaint & S. Hanicot-Bourdier (Eds.), *La infancia desarraigada en tierras hispanohablantes* (pp. 377-394). Éditions de l'Université de Lorraine. <https://doi.org/10.62688/edul/b9782384510634/24>
- Mercado, J. C., y Aguasaco, C. (Eds.). (2023). *España y Norteamérica en el corredor transatlántico: Relaciones internacionales, derechos humanos y cartografías de la representación*. Universidad de Alcalá.
- Naciones Unidas. (2024). *Necesidad de poner fin al bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por los Estados Unidos de América contra Cuba: Informe del Secretario General (A/79/80)*. Biblioteca Digital de las Naciones Unidas. <https://digitallibrary.un.org/record/4063451?v=pdf>
- Orozco, M. (2024). *Remittances to Cuba and the marketplace in 2024*. Inter-American Dialogue. <https://thedialogue.org/wp-content/uploads/2024/03/Remittances-to-Cuba-and-the-Marketplace-in-2024-1.pdf>

- Pettinà, V. (2018). *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. El Colegio de México.
- Portes, A. (1987). The social origins of the Cuban enclave economy of Miami. *Sociological Perspectives*, 30(4), 340-372.
- Rojas, R. (2015). *Historia mínima de la revolución cubana*. Turner Publicaciones.
https://www.academia.edu/37728275/Historia_minima_de_la_Revolucion_Rafael_Rojas
- Safran, W. (1991). Diasporas in modern societies: Myths of homeland and return. *Diaspora: A Journal of Transnational Studies*, 1(1), 83-99.
- Smith, M. (2012). *Operation Pedro Pan* [Trabajo de investigación de maestría, Southern Illinois University Carbondale].
https://opensiuc.lib.siu.edu/cgi/viewcontent.cgi?referer=&httpsredir=1&article=1311&context=gs_rp
- Torres, M. de los Á. (2003). *The lost apple: Operation Pedro Pan, Cuban children in the U.S., and the promise of a better future*. Beacon Press.
- Triay, V. A. (1999). *Fleeing Castro: Operation Pedro Pan and the Cuban children's program*. University Press of Florida.
- Walsh, B. O. (1971). Cuban refugee children. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 13(3-4), 378-415.